UN NUEVO QUINTILIANO.

Comedia en un acto, original de Don Mariano Pina (hijo), *para representarse en Madrid el año de* 1866.

(Segunda edicion corregida por el Autor.)

A LA SEÑORITA

DOÑA ELISA BOLDUN.

Para V. la escribió, **M. Pina.**

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA	Sras. Boldun.
TEODORA	» Olaso.
PETRA	» Robles.
CÁRLOS	Sr. Molina.

La accion en Madrid.—Epoca actual.

La escena representa una sala decentemente amueblada. Puerta al foro y laterales: á la izquierda una mesa de escritorio con libros, papeles, etc., y junto ella dos butacas.

ESCENA PRIMERA.

Emilia, *sentada en una butaca cerca de la mesa, leyendo en un libro.*

«Muerte; cadena perpétua (*leyendo.*)
y cadena temporal.» (*recordando.*)
Presidio... De los presidios
nunca me puedo acordar. (*leyendo.*)
«Presidio mayor, menor,
Presidio correccional.»
Para qué tantos presidios?
Sobra con uno: en verdad
que he de escribir un folleto
donde claro haré constar,
que es inconveniente, y mucho,
nuestro Código penal. (*leyendo.*)
«Reclusion, Estrañamiento,
Relegacion.» Basta ya! (*levantándose.*)
No hace falta tanto enredo.
La crítica racional
impugna sin gran trabajo,
lo que pretendo impugnar.
Escribiré, me decido.
Mi obra se titulará:
Comentarios filosóficos
sobre el sistema penal,
por doña Emilia Soriano,
donde se viene á probar,
de ciertas y ciertas penas
la gran inutilidad.

ESCENA II.

Dicha, Cárlos *por la derecha, leyendo en un periódico.*

Cárl. Pero si es incomprensible;
y aquí está en letras de molde.
Emil. Qué es eso?
Cárl. Mira que anuncio. (*leyendo.*)
D. Cárlos Ramos y Torres,
Doctor en jurisprudencia,
notabilísimo jóven
por su instruccion, su talento,
y otras relevantes dotes,
su estudio al público ofrece
Barquillo, número doce.
Nota: se admiten consultas.»
Emil. Bien.
Cárl. Cómo bien? Ese jóven,
ese D. Cárlos, soy yo.
Emil. Y quién en duda lo pone?
Cárl. Pero mujer, si no he dado
derecho á este papelote
para insertar un anuncio
tan disparatado?

EMIL. Hoy
hace ya catorce dias
que la tal noticia corre.
CÁRL. Cómo es eso?
EMIL. No has leido?..
CÁRL. Se estarán burlando entonces.
EMIL. Nadie se burla.
CÁRL. No entiendo.
EMIL. De publicarlo dí órden.
CÁRL. Tú?
EMIL. Yo misma.
CÁRL. Jesucristo!
EMIL. Escucha y no te alborotes.
Yo sé muy bien que no ejerces
la abogacía; que comes
porque tienes un destino
que te produce la enorme
cantidad de diez mil reales,
pagados en plata, ó cobre,
pero pagados; no ignoro
lo que son las opiniones
políticas, y me consta
que los tuyos son muy pobres
de espíritu; por lo tanto,
pronto habrá crisis, y entonces
cesante te dejarán
sin que te valgan razones.
CÁRL. No me augures tales cosas.
EMIL. Ese anuncio, predispone
los ánimos: les incita
la novedad; ven tu nombre
los clientes, y te llenas
de pleitos.
CÁRL. Mas no conoces
que mi ciencia se ha gastado?
EMIL. No te precipites, oye.
Aun cuando te anuncio á tí
como doctor *in utroque*,
el abogado soy yo.
CÁRL. Estás loca?
EMIL. Mis atroces
conocimientos...
CÁRL. Emilia!
EMIL. Si España cual corresponde
educára á las mujeres,
bachillera de real órden
á estas horas yo seria;
mas por desgracia, las Córtes
no han dado ningun decreto.
CARL. Pero Emilia, no conoces
que desatinas? Es justo
que así tu casa abandones?
Pensando solo en los libros,
ni haces calceta ni coses,
ni preparas la comida...
Sabes bien que somos pobres...
Que dirá de tí mi hermana?
Ella que no te conoce,
y á Madrid viene tan solo
por abrazar á su noble
cuñada?
EMIL. Qué ha de decir?
Apreciar sabrá las dotes
que me distinguen.
CÁRL. Emilia!
EMIL. No te convencen razones...
A Dios.
CÁRL. Jesús, qué mujeres!
EMIL. Vírgen del Cármen, qué hombres!...

ESCENA III.

CÁRLOS.

Quién la puede resistir?
Necesito poner coto
á este infernal alboroto,
á este contínuo sufrir.
Desvaría su razon,
y con ella no me avengo
Pero ah torpe! me entretengo
sin ir á la redaccion
de ese papel infernal
que mi apellido publica.
Pero y mi sombrero chica? (*llamando.*)
Mi sombrero. Y no es igual (*viendo el periódico.*)
la forma de letra; apuesto
que mi mujer advirtió
fuese mas visible... oh!

ESCENA IV.

Dicho, PETRA *con el sombrero.*

PETR. Vaya, aquí tiene usté esto.
CÁRL. No me canso de leer...
PETR. Señorito.
CÁRL. Lindo escrito!
PETR. (Yo creo que el señorito
está dado á Lucifer.)
CÁRL. Petra! (*gritando.*)
PETR. Si ya estoy aquí.
CÁRL. Cómo callas!
PETR. No señor.
CÁRL. Dame.
PETR. Sopla mal humor?
CÁRL. A Dios.
PETR. Apuesto que sí.

ESCENA V.

PETRA, *despues* EMILIA.

Como desarrolle Blas
cuando conmigo se case
ese génio de pimienta
y esa cara de vinagre,
ha de llevar cada golpe
con estos cinco en la imágen
de su cara... Vaya un par!
La señorita no hace
otra cosa que leer,
y el amo encolerizarse.
Si no están locos los dos
tal vez mucho no les falte. (*Emilia con un libro.*)
EMIL. Se fué Cárlos?
PETR. Si señora.
Rabiando se fué á la calle,
como de costumbre.
EMIL. Bien.
PETR. Segun creo, no le place
que usté se ilustre.
EMIL. Y me injuria
con tan sandio disparate.
Mas ya se convencerá
de que es su mujer un ángel,
cuando su mujer recoja
el fruto de sus afanes.
No dejaré de estudiar
mientras popular se hace
mi apellido, y las Pandectas,

manantial inagotable;
el Fuero-Juzgo, apacible,
sereno golfo, aunque grande;
la ley de las doce tablas,
legislacion dura...
PETR. Calle!
Y aprende usté todo eso?
EMIL. No lo crees tú muy fácil?
PETR. Si una supiera leer
y como usted ilustrarse...
Creo que las panderetas
mucho habian de gustarme. (*suena campanilla.*)
EMIL. Han llamado?
PETR. Voy á ver... (*vase.*)

ESCENA VI.

EMILIA; *luego* PETRA.

Si esta muchacha estudiase
quizá sería un ingenio
fecundo: prometo darle
los primeros rudimentos;
bajo su frente, quién sabe
lo que ocultar puede?
Y si no legista hábil,
podría ser oradora,
ó médica, que es mas fácil.
PETR. Señorita, señorita.
EMIL. Qué quieres?
PETR. Abajo espera
una dama que pregunta
por D. Cárlos.
EMIL. Y qué señas...?
PETR. Dice que le trae un pleito.
EMIL. Santo Dios! Una clienta!
Mis deseos se colmaron!
PETR. Qué la digo?
EMIL. Pronto, Petra;
trae la toga y el birrete.
PETR. Cómo? Aquella falda negra
que se puso usted ayer?
EMIL. Corre.
PETR. Volando. (*vase.*)
EMIL. La estrella
de mi fortuna aparece.
(*Petra sale de la derecha con una toga y un birrete.*)
PETR. Tome usté.
EMIL. Cierra esa puerta. (*poniéndose la toga.*)
PETR. Ay señorita, que rara
está usted! Si usté se viera!
EMIL. Introduce á esa señora.
PETR. (Como el amo á casa venga!...)
(*Petra sale por el fondo; Emilia con la toga y birrete puesto se sienta cerca de la mesa. En toda la escena siguiente debe declamar con cierta afectada gravedad.*)

ESCENA VII.

EMILIA, TEODORA.

TEOD. D. Cárlos Ramos... (*desde la puerta.*)
EMIL. Entrad.
Necesita verle?
TEOD. Sí.
EMIL. Pues siéntese usted aquí.
(*Le señala la butaca que tiene enfrente.*)
TEOD. Señora, tanta bondad!... (*sentándose.*)
(*Emilia toca la campanilla, y aparece Petra.*)

ESCENA VIII.

Dichas, PETRA.

EMIL. Para nadie estoy presente,
solo para el señorito.
Comprende usté?
PETR. (*aparte á Emilia.*) Ya está frito
el pescado: aquella fuente
sirve para la salsilla?
EMIL. No: ves el apio partiendo.
PETR. Pues despache usté corriendo
porque se pasa la hornilla.
(*Emilia hace un ademan, y Petra se marcha, despues de saludar profundamente.*)

ESCENA IX.

EMILIA, TEODORA.

EMIL. Hable usté señora.
TEOD. Oh!
Creo que inútil será,
si el Señor Ramos no está.
EMIL. El Señor Ramos, soy yo.
TEOD. Usté?
EMIL. No lo ha adivinado?
TEOD. Me pone usted en un brete.
EMIL. La toga, y este birrete
es trage del abogado.
Perjuicios ninguno irroga
el que no tenga ese nombre,
pues la calidad de hombre,
me dá el birrete y la toga.
Hable usted, que atenta escucho.
TEOD. De ese modo á hacerlo voy,
y aseguro por quien soy
que me agrada el cambio mucho.
Porque señora, el arcano
que pretendo demostrar,
me haria ruborizar...
EMIL. Al grano, clienta, al grano.
TEOD. Pues señor, yo soy soltera.
EMIL. Nada hay en ello que asombre.
TEOD. Conoce usted bien al hombre?
EMIL. Le conozco: es una fiera.
TEOD. Soy de su misma opinion.
EMIL. Si acordes en eso estamos,
prosigamos.
TEOD. Prosigamos.
EMIL. Aborde usté la cuestion.
TEOD. Poco hay en ella que esplique.
Soy víctima de un engaño.
EMIL. Dígame usté, de ese daño
quien es el causante?
TEOD. Enrique.
EMIL. Enrique?
TEOD. Con sin igual
vehemencia, amarme juró.
EMIL. Y usté cándida creyó...
TEOD. Si.
EMIL. Pues hizo usté muy mal!
TEOD. Ah! de ello estoy convencida.
Pero al ver el interés
conque ofrecia á mis piés

darme el corazon, su vida,
yo admití su juramento,
y él hoy mi desdicha labra.
Enrique me dió palabra...
EMIL. Palabra de casamiento?
La cumplirá luego, ó no.
El hombre siempre la dá.
TEOD. Si estaba casado ya!
EMIL. Pues entonces, se la dió.
TEOD. Justo: me vendió el infiel;
por fortuna lo he sabido.
EMIL. Ese hombre es un fementido;
será el castigo cruel.
TEOD. Y qué se adelantará?
EMIL. Como es su causa malísima,
prontamente la Novísima
todo lo remediará.
TEOD. Ellos mientras los amamos
fingen, y engañan con creces.
EMIL. Pero en cambio algunas veces...
TEOD. Qué?
EMIL. Tambien los engañamos.
TEOD. Debieron no haber nacido.
EMIL. Más...
TEOD. Deje usté que me esplique;
de esa regla, aparto á Enrique.
EMIL. Y yo aparto á mi marido.
TEOD. Para ellos está mal hecho
obrar de este ó aquel modo.
EMIL. Pues hija, á pesar de todo,
son nuestro ojito derecho.
TEOD. Cierto.
EMIL. La Partida cuarta
debe ámpliamente tratar...
Puede usté el hecho probar?
TEOD. Me escribió más de una carta.
Yo creo que hay fundamento...
EMIL. Pues es cuanto necesito.
TEOD. Oh documento inaudito!
EMIL. No ha sido él mal documento!
Voy á mandarlo á presidio.
TEOD. Señora, tanta crueldad...
EMIL. Ha sido una iniquidad!
Bien claro lo dice... *Ovidio.*
Contenga, señora, el llanto,
no se inquiete ni se aflija.
TEOD. Haré lo que usted exija.
Pero si le quiero tanto!
Vá á rodar por un abismo.
Se portó mal, eso sí,
pero lo idolatro!
EMIL. A mí
me pasaría lo mismo.
TEOD. A Dios señora. (*levantándose.*)
EMIL. Quisiera
para aligerar el juicio,
si no le causo perjuicio,
que esa carta me trajera.
TEOD. Entonces vuelvo en seguida.
EMIL. Verá usté que zarabanda
va á provocar mi demanda.
TEOD. Y... quedará usted vencida?
EMIL. Es preciso estar alerta.
Resignacion!
TEOD. La tendré.
Señora... (*Emilia toca la campanilla, y aparece Petra.*)
EMIL. (*á Petra.*) Acompañe usté
esta dama, hasta la puerta.

ESCENA X.

EMILIA, *luego* PETRA.

Luego dirá mi marido
que las mujeres no sirven
para estas cosas! Señor,
que aberracion! Imposible
parece que hombres de ingenio
de esa manera prediquen.

ESCENA XI.

Dicha, PETRA.

EMIL. Ay Petra!
PETR. Señora.
EMIL. Lo que deseaba
llegó á realizarse.
PETR. Me alegro en el alma.
EMIL. Esa que ahora mismo
de marcharse acaba,
es, Petra querida,
una litiganta.
Oh! ya me parece
estar en la sala
defendiendo ansiosa
una buena causa.
Siéntate aquí, Petra. (*por la butaca.*)
PETR. Señora, ¿y la salsa
del cordero asado?
La hornilla se pasa.
EMIL. No me hables ahora
de tales farándulas.
PETR. Es que la comida
luego se retrasa,
riñe el señorito,
y una es la que paga.
EMIL. Jesus, me incomodas!
PETR. Sin embargo...
EMIL. Calla,
que si hoy no comemos
lo haremos mañana.
PETR. Estamos conformes.
(Se vá á hundir la casa
cuando venga el amo.)
EMIL. Trae esa butaca. (*se coloca al medio.*)
Reclínate en esa. (*Petra se sienta.*)
PETR. Mas de qué se trata?
EMIL. Tú el tribunal eres;
yo soy la que habla.
Escucha mi arenga
con cierta importancia,
y de vez en cuando
la cabeza baja,
como si dijeras:
estoy enterada.
PETR. Corriente.
EMIL. (*sentándose.*) Principio.
Míramc á la cara.
Señores: al cabo
tomo la palabra,
para dirigiros
una razonada
defensa del pleito
que sigue esta sala.
PETR. Bajo la cabeza?
EMIL. Ya las doce tablas,
las Siete Partidas
y doce Pragmáticas

que en el siglo quince
fueron promulgadas,
del caso presente
con estension hablan.
Que Homero os ablande
¡oh jueces! el alma,
que Numa os aliente,
que Astrea os dé alas,
y Cupido amores
y Rosiclér gracias, (*aparece Cárlos, foro.*)
y Rouseau consejos,
y mi parte flaca
quede redimida...
CÁRL. Y mi mujer vaya (*entrando.*)
á acabar sus dias
dentro de una jaula.

ESCENA XII.

Dichas, CARLOS.

EMIL. Has oido...?
CÁRL. Si señora;
ya ví cual desatinabas.
PETR. (Uf que génio!)
CARL. (*á Petra.*) La comida.
Tengo que hacer.
PETR. (Vírgen santa!)
Es que... la verdad, creia...
como es tan temprano...
CÁRL. Acaba.
PETR. No está la sopa cocida.
CÁRL. Véte pues.
PETR. (Está que rabia!)
(*durante este diálogo, se habrá quitado Emilia la toga y el birrete.*)

ESCENA XIII.

EMILIA, CÁRLOS.

CÁRL. (*paseando.*) Es preciso que esto tenga
una solucion: no hay dia
que no suceda lo mismo.
EMIL. Sabe que no necesitas
tu destino para nada:
se presentó ya la mina!
CÁRL. Qué dices!
EMIL. Ya tengo un pleito.
Mejor dicho; se ventila
una causa criminal
sobre el delito homicida
de engaño cualificado;
robo, perjurio y falsía.
CÁRL. Pero qué demonios dices?
EMIL. Mi parte, que es la ofendida,
presentará la demanda:
tú, te incorporas, y firmas.
CÁRL. Jesus! Jesus!
EMIL. Oye el caso.
CÁRL. No lo digas, no lo digas.
EMIL. Hay pruebas y documentos
que hacen mucho mas gravísimas
las circunstancias...
CÁRL. Te oigo
y me parece mentira!
Nos vamos á divorciar.
Entiendes?
EMIL. Bah! Desatinas.
Hay acaso impedimentos
dirimentes?
CÁRL. Hay, Emilia,
que no te puedo sufrir!
EMIL. Lo que es la filosofía!
Si me incomodase yo
tendríamos hoy la misma
de siempre. Y todo, por qué?
Porque su mujer delira
por la ciencia: porque estudia,
y con ella se ilumina.
Una mujer que se aprende
todas las Siete Partidas
en cuatro noches!..
CÁRL. Aprieta!
EMIL. Que no desconoce é Egica,
Que ojea á Teodosio.
CÁRL. Bueno!
EMIL. Y que conoce de vista
á Eurico, á Sta. Teresa,
y al Digesto?
CÁRL. Ay! Emilia!
Tu si que estas indigesta!
EMIL. Que escucho!
CÁRL. Nada, no sigas,
EMIL. Pero...
CÁRL. Me voy: la paciencia
de un santo se necesita!

ESCENA XIV.

EMILIA, PETRA.

PETR. Señorita, la señora
que se marchó hace un instante
por usted pregunta ahora.
EMIL. Dila que pase adelante. (*vase Petra.*)

ESCENA XV.

EMILIA, TEODORA.

TEOD. Dispense usté si he tardado;
la epístola no encontraba,
y hé revuelto diez baules.
EMIL. Siéntese usté.
TEOD. Tengo ansia
por arreglar el negocio.
EMIL. Pues los pleitos piden calma.
TEOD. Si usted viera cuanto sufro!
EMIL. No llore usted.
TEOD. Que inhumana
suerte la de las mujeres!
EMIL. Vamos, enjugue esas lágrimas
y deme usted un abrazo.
TEOD. Oh! (*abrazándola.*)
EMIL. Saque usted esa carta.
TEOD. Tome usted. (*dándosela.*)
EMIL. (Infeliz jóven!) (*lee.*)
Jesus!
TEOD. Se pone usté mala?
EMIL. Ay! A mí me vá á dar algo.
TEOD. Pero...
EMIL. Infame, vil, canalla!
TEOD. Señora, esplíquese usted.
EMIL. Y yo he tenido cachaza!
Sabe usted de quién es esto?
TEOD. Sí, de Enrique.
EMIL. Qué bobada!

Es letra de mi marido!
TEOD. Dios mio! Yo no esperaba
este golpe!
EMIL. Y es usted,
usted es quien lo idolatra!
TEOD. Nunca: el traidor me engañó.
EMIL. Que la engañó!
TEOD. Sí.
EMIL. Patraña!
Usted será la culpable.
Mi marido es una alhaja
incapaz de seducir
á ninguna.
TEOD. Esto faltaba!
Antes dijo que las leyes...
EMIL. Qué leyes, ni qué ensalada.
Aquí no hay mas ley que yo!
TEOD. Qué dice usted?
EMIL. Basta, basta.

ESCENA XVI.

Dichas, CÁRLOS.

CÁRL. Qué voces son estas?
TEOD. Cielos!
Es él!
CÁRL. Qué veo? Teodora!
EMIL. Y la llama en mi presencia!
TEOD. Ay!
EMIL. El despecho me ahoga!
TEOD. (*á Emilia.*) Que me voy á desmayar. (*Emilia se retira.*)
EMIL. Mejor: A mí qué me importa!
Muérase usté.
CÁRL. Poco á poco,
no permito que se ponga
enferma. (*se acerca á Teodora.*)
EMIL. Y la defiende!
Ay! Ay! (*se desmaya sobre una silla.*)
CÁRL. Le dió á la otra.
Se ha desmayado tambien.
TEOD. Eso es broma.
EMIL. (*levántándose.*) Cómo broma!
TEOD. Lo vé usté? (*aparte á Cárlos.*)
EMIL. (*á Teodora.*) Hable usted alto.
TEOD. A Dios. (*á Emilia.*)
EMIL. Vaya en mal hora.

ESCENA XVII.

EMILIA, CÁRLOS.

EMIL. No sé como tengo calma
para sufrir mi delirio.
Me hirió usté de muerte el alma.
Que hemos de hacerle? La palma
alcanzaré del martirio.
CÁRL. Emilia!
EMIL. Gócese usted
en mi angustia, en mi quebranto!
Vuelva á jurarme su fé;
traidor, ingrato!.. Ay! no sé
como aguanto, lo que aguanto.
CÁRL. Tú pensabas pleitear
y mal echaste la cuenta,
porque antes de principiar,
un pleito viniste á armar,
con tu estimable clienta.
EMIL. Y yo le amaba, Dios mio!
CÁRL. Por qué me has precipitado
á tamaño desvarío?
Salió de su cauce el rio,
y ambos hemos naufragado.
EMIL. Pero...
CÁRL. Cuando yo te dí
mi mano de esposo y nombre,
una mujer busqué en tí,
pero por desgracia ví
que me casé con un hombre.
Despreciaste mis consejos,
razon ninguna admitiste:
alegando fueros viejos,
con libros rancios y añejos
hermosas horas perdiste.
Sin cejar en tu porfía...
que en una ilusion se basa;
no pasaba un solo dia
sin que estuviese, hija mia,
abandonada tu casa.
La mujer, sencilla flor,
no nació para aprender,
aunque te cause dolor;
sabe sentir el amor
que es cuanto debe saber!
No busca ansiosa la gloria
por los senderos prolijos
de la ciencia; que la historia
guarda siempre esa victoria,
nó á la mujer, á sus hijos.
Tesoro de gran valor
escóndese en su alma pura
dado por el Redentor;
que aprenda á guardar su honor
que es la ciencia mas segura.
Aprenda la caridad,
manantial rico y profundo;
huya de esa vanidad
que aprende en la sociedad
y ciega ostenta en el mundo.
Estos sus deberes son
por mucho que no te cuadre;
su libro es el corazon;
que lo estudie con pasion
como esposa, como madre.
Si busca ansiado renombre
en el mundo del saber,
para que al mundo no asombre,
antes de querer ser hombre
enséñese á ser mujer.
Lloras?
EMIL. Pesie á mí,
hoy lloro mi desvarío.
CÁRL. Y de él te arrepientes?
EMIL. Sí;
pero tarde comprendí
que ha cansado tu desvío.
CARL. La ciencia abandonarás?
EMIL. Y aprenderé con fervor
otra, que me importa mas.
CÁRL. Es decir que á aprender vas?..
EMIL. Ser mas digna de tu amor.
CÁRL. De veras? Ven á mis brazos.
EMIL. Cárlos!
CÁRL. Y en ellos ufana
tu corazon en pedazos
deposita.

EMIL. Y estos lazos
quien los rompe ya?
(*Cárlos se acerca al foro, y trae á Teodora.*)
CÁRL. Mi hermana.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, TEODORA.

EMIL. Cielos!
CÁRL. Ella te curó.
Tu locura le escribí,
y hacer el papel pensó
de esa litiganta...
EMIL. Oh!
Y yo nécia lo creí.
CÁRL. Tu engaño me hace dichoso.
EMIL. El medio ha sido tirano,
mas trajo dulce reposo.
No temas ya ser esposo
de este *nuevo Quintiliano*.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.—Madrid 4 de Noviembre de 1864.

El censor de teatros.

NARCISO S. SERRA.

PINTO:

Imprenta de G. Alhambra, Monjas, 8.

1866.